

Beaulieu se había replegado sobre el Mincio; pero la victoria de Borghetto lo rechazó en la dirección del Tyrol. Los franceses, dueños del Adiggio, habían empezado en 4 de junio el bloqueo de Mantua. La rapidez de sus victorias sembró el espanto en toda Italia. El duque de Parma ofrecía dos millones, y caballos y víveres para obtener un armisticio. El de Módena dió diez, y el rey de Nápoles llamó el contingente que había prestado á los prusianos, y pagó contribuciones enormes. El papa Pió VI cedió las legaciones de Bolognia y de Ferrara y suministró 21 millones, regalando multitud de objetos de arte. La neutralidad de Venecia y de Toscana fué violada por la ocupación de Verona y de Liorna. Las enormes requisiciones que se exigían á los italianos excitaron levantamientos en Pavía y en todos los países vecinos, pero los franceses no tardaron en sofocarlos.

Bonaparte vence á Wurmser (julio-septiembre). — Ya vencido Beaulieu, Bonaparte lucha con Wurmser, y esta lucha constituye la segunda fase de tan memorable campaña. Los franceses apretaban el cerco de Mantua, cuando se supo de pronto que Austria enviaba al mariscal de campo Wurmser con un ejército de 70.000 hombres, compuesto de sus mejores tropas. Este general parte de Trento, divide sus fuerzas en tres columnas, dos de las cuales debían encontrarse en Verona y levantar el cerco de Mantua, mientras que la tercera tenía encargo de ocupar Brescia, cortando á los franceses la retirada sobre Milán. Venecia no pudo disimular su alegría, y en todas partes recordaban con cierta complacencia el antiguo adagio que dice que *Italia es la tumba de los franceses*. Todos los generales, menos Augereau, opinaban por la retirada. Bonaparte procedió como hombre resuelto y sacrificó el cerco de Mantua; luego marchó contra Quasnadowich, lugarteniente de Wurmser, lo venció en Saló y en Lonato (31 julio) y se volvió contra Wurmser en persona. Derrotólo en Castiglione, y lo

obligó á retirarse al Tyrol. Esa rápida campaña había costado á los austriacos 9 banderas, 70 cañones y la pérdida de un ejército.

Wurmser no se desalentó y rebizo en Trento otro ejército de 55.000 hombres, con los cuales quería atravesar el territorio veneciano y efectuar un esfuerzo para librar á Mantua, cuyo cerco habían entablado de nuevo los franceses. Adelantóse al efecto por el estrecho valle del Brenta; pero Bonaparte se le había anticipado. Después de vencer á Davidovich en Roveredo (4 sept.), alcanzó á Wurmser en Primolano y Bassano (7 y 8 sept.), y lo obligó á encerrarse en Mantua con 16.000 hombres cansados y desmoralizados. En quince días perdieron los austriacos 27.000 hombres, 30 generales, 75 cañones y 22 banderas. Marmont recibió encargo de llevar esos trofeos á París.

Bonaparte vence á Alvinzi. Capitulación de Mantua. — Sin embargo, el gabinete austriaco no perdió por completo la esperanza. Sus ejércitos habían sido derrotados en Italia, pero quedando victoriosos en Alemania, pues Jourdan fué batido en Bamberg, y Moreau había emprendido una retirada suficiente para inmortalizarlo pues revelaba extraordinario genio, pero que constituía al fin y al cabo la pérdida de la campaña por aquella parte. Sabíase, por lo demás, que el ejército de Bonaparte, cansado de sus mismas victorias, carecía de todo, y esto hizo creer que un esfuerzo supremo repararía tantos desastres. Así fué que Austria envió á Italia un tercer ejército.

Mandábalo el mariscal Alvinzi y contaba nada menos que 60.000 hombres, divididos en dos cuerpos, uno de 20.000 á las órdenes de Davidowich, y otro de 40.000 á las de Alvinzi en persona. Esos dos ejércitos debían efectuar su reunión en Verona.

Al principio llevaron ventaja los austriacos. Los franceses se vieron obligados á retroceder hasta la meseta de Rívoli y Verona, y como Bonaparte atacase á Alvinzi en las alturas de Caldiero (12 nov.) fué re-

chazado. Entonces el joven general salió de Verona y ya se le creía en situación desesperada, cuando atravesó el Adiggio en Ronco, y avanzó por las lagunas del Alpón, hacia el puente de Arcola para cortar al enemigo su base de operaciones. Sus tropas se lanzaron en medio del agua y del lodo sin vacilar; pero el cañón de los austriacos barría el puente y destrozaba á cuantos penetraban en él. Ya estaban fuera de combate cinco generales franceses, y los granaderos retrocedían, cuando Bonaparte en persona se lanzó con una bandera en la mano al frente de sus tropas gritando: « Granaderos, seguidme, ¿no sois ya acaso los vencedores de Lodi? » Ya se creía dueño del puente cuando los austriacos lo volaron. Hubo, pues, que abandonar aquel campo de carnicería.

Alvinzi temió que le cortasen la retirada y evacuó Caldiero, tratando de tomar otra vez la ofensiva; pero fué derrotado, perdiendo en tres días 18.000 hombres, 4 banderas y 18 cañones. Esas pérdidas habían debilitado el ejército austriaco; pero sin destruirlo. Dos meses más tarde, Alvinzi volvió á entrar en campaña con 45.000 hombres y bajó á la largo, del Adiggio, de Roveredo á Verona. Bonaparte llamó en su ayuda las divisiones de Massena y de Víctor y concentró todas sus fuerzas sobre la meseta de Rivoli. Alvinzi lo atacó allí pero sus columnas fueron destruidas y rechazadas unas detrás de otras en los despeñaderos (14 enero 1797). Dos días más tarde, Provera, lugarteniente de Alvinzi, rendía las armas en la Favorita (16 enero). Los austriacos perdieron en dos meses 25.000 hombres, dejando además en poder de sus enemigos 24 banderas y 60 cañones.

No teniendo ya Wurmser víveres en Mantua, se vió obligado á capitular diez y siete días después (2 feb.). La guarnición, que contaba 20.000 hombres, se rindió. Esta fué la tercera fase de la guerra. En diez meses, Bonaparte derrotó, no sólo el ejército piamontés, sino también tres austriacos, reforzados por tres veces,

y con cincuenta mil franceses, batió treinta mil piamonteses y doscientos mil austriacos, reduciendo á prisión unos ochenta mil y matando ó hiriendo treinta mil; además, dió sesenta combates encarnizados, doce grandes batallas, atravesando varios ríos bajo el fuego del enemigo.

Tratado de Tolentino (19 febrero 1797). — La Revolución había sido siempre hostil á la religión y al Papado. El secretario de la embajada de Francia en Nápoles, que quiso hacer propaganda revolucionaria en Roma, á principios de 1793, fué asesinado. Aunque Pío VI hizo lo posible por descubrir á los culpables, los revolucionarios lo declararon responsable de aquel atentado. El papa había observado como soberano estricta neutralidad en medio de todos los acontecimientos relatados, y la república francesa, demasiado ocupada hasta entonces para fijarse en la Santa Sede, se contentó con confiscarle las posesiones que tenía en Francia.

Pero después de la capitulación de Mantua, el Directorio ordenó á Bonaparte que se apoderara de la parte septentrional de los Estados de la Iglesia. El vencedor de Lodi y de Arcola marchó al efecto sobre Loreto, envió á París la imagen de la Santa Virgen que allí estaba, é hizo que sus tropas tomaran posesión de Imola, Forli, Casena, de la Romaña, el ducado de Urbino y la marca de Ancona. Llegado que fué á Tolentino, envió al Sumo Pontífice proposiciones de paz, no queriendo, según M. Thiers, perder el tiempo en efectuar una revolución en Roma, que hubiese podido excitar á Nápoles á tomar las armas, lo cual hubiera tenido á lo menos por efecto arruinar la hacienda romana, impidiéndole así sacar de ella los 20 á 30 millones que necesitaba. Así fué que se limitó á pedir que el Papa abandonara las legaciones de Bolonia, de Ferrara y de Rávena, que se comprometiera á pagar 31 millones y que otorgase una pensión á la familia del cónsul asesinado. Pío VI creyó prudente sacrificar una

parte de sus Estados para conservar el resto, y consintió en el tratado que le imponían (17 febrero 1797) con lo cual sufrió el débil una vez más la ley del más fuerte.

Bonaparte marcha sobre Viena. Preliminares de Leoben (18 abril). — Después de todas esas hazañas, Bonaparte recibió un refuerzo de 30.000 hombres, compuesto de diez y seis regimientos de los ejércitos del Rin y del Sambre y Mosa. Austria iba á intentar un esfuerzo supremo. Al efecto había reunido un nuevo ejército, poniéndolo bajo el mando del archiduque Carlos Alberto, uno de los primeros generales de Alemania. Bonaparte lo venció sobre el Piava y el Taglamento, se lanzó á las gargantas del Tyrol y sometió, después de numerosos combates la Istria austriaca, el Friul, la Carniola y parte del Tyrol y de la Carintia. Ya estaba en el camino de Viena y se disponía á marchar sobre esa capital, cuando Austria alarmada pidió una suspensión de armas. Concediósele y se firmaron los preliminares de paz en Leoben, á unas 30 leguas de Viena (29 Abril 1797). Austria se comprometía á ceder la Bélgica, la orilla izquierda del Rin y parte de sus posesiones de Italia.

Venecia se había sublevado mientras Bonaparte marchaba sobre Viena, y el día de Pascuas (15 abril) fueron asesinados en Verona varios centenares de franceses. El gobierno del dux pagó caramente sus traiciones y sus crueldades. Venecia fué tomada (16 mayo) y su república se transformó en república municipal. Habiéndose rebelado igualmente Génova, constituyó la república ligúrica. Toda la alta Italia formó la república cisalpina y recibió instituciones análogas á las que existían en Francia.

El armisticio pactado con Austria obligó á Hoche y Desaix á suspender sus operaciones. El primero había sido nombrado para mandar el ejército de Sambre y Mosa, en sustitución de Jourdan, y acababa de ganar al general austriaco Werneck la batalla de Neuwied. Desaix había pasado el Rin cerca de Estrasburgo y

marchaba por la Floresta Negra cuando tuvo que detenerse.

Golpe de Estado del 18 fructidor año V. (4 sept. 1797). — Francia era victoriosa fuera de sus fronteras; pero interiormente continuaba la confusión. Las facciones trataron de alzar de nuevo la cabeza; todas ellas tenían algún apoyo en el Directorio y en los dos Consejos legislativos. En esto llegó el momento señalado por la ley para renovar por terceras partes estos dos cuerpos. El partido realista triunfó en las elecciones. La prensa monárquica aprovechó este buen éxito para excitar á la reacción. Las leyes dictadas en la época del Terror fueron anuladas y las restantes sometidas á severa revisión. El Directorio resolvió oponerse á ese movimiento. Barrás, Rewbell y Lareveillere-Lepeaux, que eran de la escuela revolucionaria de Dantón se separaron de sus dos colegas, Carnot y Barthelemy, pues á éste no lo hallaban bastante apasionado, y en cuanto á Carnot, no le perdonaban el celo con que pretendía hacer olvidar el papel que desempeñara en el comité de salvación pública.

Como los revolucionarios tenían la mayoría en el Directorio, resolvieron llamar tropas á París. Según la constitución, no podían disponer de dinero ni de soldados; pero Hoche se los proporcionó. En efecto, hicieron ir á la capital una división del ejército de Sambre y Mosa, entregando el mando á Augereau, que había sido enviado recientemente desde Italia por Bonaparte para presentar al Directorio los Trofeos de sus victorias. El 18 fructidor, Carnot y Barthelemy fueron presos, y Augereau se apoderó de Pichegrú, así como de todos los que el Directorio consideraba como sus enemigos.

El gobierno se apresuró á convocar los dos consejos legislativos para que sancionasen lo efectuado en aquella jormada; y hubo legisladores bastante complacientes para dar un voto de gracias á los autores de aquel golpe de Estado. Después se dió cuenta de los

documentos que probaban la culpabilidad de los vencidos, y se dictó un decreto deportando á Carnot, Barthelemy y sesenta y cinco diputados.

Todos los periódicos que habían excitado á la reacción fueron suprimidos. Derogáronse las leyes revolucionarias recientemente votadas; ordenóse á los emigrados que abandonasen de nuevo el suelo de Francia; acordóse que los nobles serian privados, por siete años más, de sus derechos de ciudadanos; anuláronse las elecciones en 48 departamentos y se otorgó al Directorio el derecho de declarar en estado de sitio los ayuntamientos.

Francia cayó de esa manera en la situación en que la dejara Dantón. Merlin de Douai y Francisco de Neufchateau fueron elegidos directores en sustitución de Carnot y de Barthelemy, y Pichegrú, así como cuantos tomaron parte en la reacción realista, fueron desterrados á Cayena. Este general se escapó y logró, después de mil sufrimientos, refugiarse en la costa hospitalaria de los Estados Unidos; pero los que quedaron en la Guayana sucumbieron todos á la acción mortífera del clima.

Estado de Francia después del 18 fructidor. — El golpe de Estado había sustituido el gobierno legal por la dictadura del Directorio. Los nuevos gobernantes, que habían obedecido á la facción convencional, completaron todas sus violencias con la bancarrota de los dos tercios, que pronunciaron en los primeros días de vendimiario. Aplicaron la misma reducción á las pensiones y decretaron de ese modo la ruina universal.

El comercio se hallaba en la situación más desastrosa. Todas las grandes ciudades: Lyon, Burdeos, Marsella, Ruán, Nantes, el Havre, estaban arruinadas por completo; la hierba crecía en sus calles, y Versalles, tan brillante en otra época, no era más que una ciudad triste y desierta. El agiotaje había reemplazado las especulaciones de la industria, y para colmo de

escándalo, los que se entregaban á esas operaciones financieras y los que se enriquecían á expensas del Tesoro eran los jefes del gobierno.

Á falta de fiestas religiosas, se celebraban las de la Vejez y de la Agricultura. Lereveillere-Lepeaux se había convertido en sacerdote de ese nuevo culto y no temía presentarse en público, rodeado de ministros teofilántropos como él, llevando en la mano ramos de flores y de frutas, que ofrecían como homenaje al Autor de la naturaleza. El ridículo dió muerte á esa nueva religión, que no sobrevivió al gobierno uno de cuyos miembros la había inaugurado.

En esta sociedad tan profundamente desmoralizada, las bellas artes se inspiraban exclusivamente en los recuerdos de Atenas y de Roma, y la literatura era completamente pagana. Parny era el principal representante de esa tendencia en sus composiciones eróticas é impías. Sin embargo, las ciencias habían sobrevivido á los actos de vandalismo que señalaron el paso de los jacobinos por el poder. El Directorio organizó la Escuela Normal Superior, la Politécnica y el Instituto, cuya creación fué decretada por los convencionales. También se ocupó en la instrucción primaria y en las escuelas centrales, que la Convención estableció en cada departamento. Los miembros de las antiguas universidades se refugiaron en esos cuerpos y prepararon el renacimiento de los estudios que se efectuó en la época del Consulado y del Imperio.

Tratado de Campo-Formio (17 octubre 1797). — Mientras el Directorio se desacreditaba y se empuñecía, Bonaparte, retirado en el castillo de Monbello, cerca de Milán, arreglaba todos los asuntos de Italia como soberano, sin preocuparse del gobierno. Seis semanas después del 18 fructidor, el joven general imponía á los plenipotenciarios austriacos el tratado de Campo-Formio (17 oct.). Por este tratado, el emperador de Austria reconocía como límite de Francia el Rhin, y entregaba Maguncia á sus tropas; la República

cisalpina, organizada por Bonaparte en la Alta Italia, comprendía la Romaña, las Legaciones, el ducado de Módena, la Lombardía, la Valtelina, el Bresciano y el Mantuano, con Mantua y el Adiggio como límite. Génova formaba la república ligúrica. Venecia y su territorio eran cedidos al Austria en compensación de los sacrificios que se imponían. Corfú y las islas Jónicas, que habían pertenecido á los venecianos, pasaban á ser posesión francesa. La república sacrificaba á la república de San Marcos, que había saludado á los franceses como libertadores.

En Rastadt debía celebrarse un congreso para juzgar las cuestiones dudosas. Los príncipes alemanes que tenían posesiones á orillas del Rhin, debían ser indemnizados con la secularización de los bienes eclesiásticos. Esta era la moneda en que pagaban por costumbre los revolucionarios. El duque de Módena recibió el Brisgau, que le cedió Austria.

Francia acogió con aplauso la noticia de la paz, y el nombre de Bonaparte resonó con gloria en Italia, Suiza y Europa. El Directorio le dió una gran fiesta, el 20 frimario año VI (10 dic. 1797), y entregó al ejército de Italia una bandera en la cual se leían en letras de oro los nombres de los setenta y siete combates y de las diez y ocho batallas que inmortalizaron esa campaña.

Habiendo vacado un puesto en el Instituto, Bonaparte lo aceptó, yendo á tomar asiento entre Lagrange y Laplace. Pero su genio, que se avenía mal con la inactividad, le indicó Egipto como el sitio donde los ingleses podían ser atacados con mayor éxito, y entonces solicitó del Directorio una misión para Oriente.

CAPÍTULO VIII.

EL DIRECTORIO. — EXPEDICIÓN DE EGIPTO. — EL 18 BRUMARIO (1798-1799).

Bonaparte, después de haber obligado al Austria á hacer la paz, quería atacar á Inglaterra en su isla. Pero considerando insuficientes los preparativos hechos por el Directorio para esa expedición, resolvió atacar á dicha potencia en sus colonias. Conoció, pues, el proyecto de una expedición á Oriente, á fin de llegar á la Indias por Egipto. Las circunstancias no le permitieron ejecutar ese vasto plan; pero su expedición tuvo los más brillantes resultados para la ciencia y acabó de rodear su nombre de la aureola de gloria necesaria para ejecutar las grandes cosas que debía realizar dentro de Francia. Durante su ausencia, el Directorio acabó de desacreditarse, y se comprendió que la nación necesitaba una poderosa espada en manos de un hombre de genio para poner término á todas las dificultades de la situación. Á su vuelta, Bonaparte fué saludado como un libertador, y de esa manera pudo apoyarse en la opinión para sustituir la constitución del año III por otra nueva que preparó su advenimiento al imperio.

§ I. — Expedición de Egipto (1798-1799).

Salida de Tolón. Toma de Malta. — Bonaparte salió de Tolón el 30 floreal año VI (19 mayo 1798), con una escuadra compuesta de 13 navíos de línea, 9 fragatas, 11 corbetas y 232 barcos de transporte. Llevaba á sus órdenes un ejército de 36.000 hombres, y había hecho que lo acompañasen sabios, artistas y hasta agricultores para emprender la colonización de Egipto una vez terminada la conquista. El mando de los diferentes cuerpos de ejército se había dado á los generales Berthier, Kléber, Desaix, Lannes, Marat y Davoust, y la flota estaba á las órdenes del almirante Brueys. La travesía se efectuó con éxito completo. De paso tomaron á Malta. Esta isla pertenecía á los caballeros de San Juan de Jerusalén. Considerábasela inexpugnable; pero atacada sin declaración de guerra, el gran maestre Hompasch capituló sin hacer resis-